

FM/1876

ROMANCERO
DE LA
ROMERÍA DE S. ISIDRO
EN MADRID,

POR DON BENITO VICENTE GARCÉS.

Precio R. v.



MADRID — 1874.

Imprenta de Campuzano hermanos,
calle del Ave María, núm. 17.

FM/1876

ROMANCERO
DE LA
ROMERÍA DE SAN ISIDRO
EN MADRID,

POR DON BENITO VICENTE GARCÉS.



MADRID — 1874.
Imprenta de Campuzano hermanos,
calle del Ave María, núm. 17.

Ayuntamiento de Madrid

ROMANERO

DE LA

ROMERÍA DE SAN ISIDRO

EN MADRID

FOR DON BENITO VICENTE GARCERAN



Ayuntamiento de Madrid

R.99 158

INVOCACION AL MANZANARES.

Arroyo, aprendiz de río,
como te llama Quevedo:
tú que de la altiva ex-córté
sabes todos los secretos:
tú que *lames sus murallas* (!!)
es decir, las que tal fueron:
tú que escuchas mil anécdotas
haciéndote de ellas eco;
bravucon, valiente solo
con las bancas y trebejos
de las pobres lavanderas;
peró cobarde, que huyendo
del rayo canicular
del rubio y ardiente Febo,
te escondes bajo la arena
y dejas lucir *en seco*
la formidable armadura
de los dos puentes soberbios
—que tu pequeñez aumentan—
de Segovia y de Toledo,
hasta el punto de sufrir
que de ti dijera un génio (1)

(1) Tirso de Molina.

*«Como Alcalá y Salamanca
»teneis, y no sois colegio,
»vacaciones en verano
»y curso solo en invierno.»*

Tú, que lavas los pecados
con los diluidos restos
de otros pecados mayores:
tú que á la raya del término
de Madrid te acercas puro,
y al salir eres ya cieno,
como escolares imberbes
á docenas y aun á cientos:
como algunos Diputados
que, blasonando en sus pueblos
de incorruptibles Catones,
su fiereza ante el Gobierno
deponen, al vislumbrar
el fascinador empleo....

Inspirame. No te agravies
si tus flaquezas refiero
y digo que, como muchos,
suenas y abultas de lejos,
pero que, visto de cerca,
desencantas al mas crédulo.

Inspirame, Manzanares:
no te agravies, que no es nuevo
mendigar altos favores
con bravatas y denuestos.
Dispénsame que no libe

de tu caudal turbio y feo
que, junto, no apagaria
la sed de veinte romeros.

Ya que no tengas frondosos
cañaverales ni fresnos,
ni árboles que en su soberbia
escalar osen el cielo,
ni piedrecitas pintadas,
ni ruiñeños parleros,
murmúrame aquí al oído
como testigo perpétuo
lo que conviene que diga
para hacer un tanto amenos
estos mis pobres romances:
que, poetastro sin génio,
quisiera dar una idea
á los que no pueden verlo,
de la romería célebre
de San Isidro, ó al menos
hacer que los que concurren
atraídos por el cebo
de esa fiesta extraordinaria,
puedan llevar á sus pueblos
cuatro apuntes que les sirvan
de buscapié ó de recuerdo
de lo que entre polvo y ruido
y entre sobresaltos vieron.

Dime qué debo contar
á mis lectores discretos;
(ya se sabe que el lector
de discrecion es modelo):
dime si enristro la péñola
del sarcástico Quevedo,
de Anacreonte el estilo,
ó de Melendez el estro,
ó de Píndaro la lira,
ó de Filemon el cuerno.

¿Callas? ¿Eres rencoroso?

¿No me sacas de mi aprieto?

¿Cómo han de tener frescura
ni lozanía mis versos
si el calor mi mente embota
y tú guardas tal silencio?

¿No me quieres dar tu ayuda?

Pero..... ¡ya! ¡Ya te comprendo!

Es que á tí no te conviene,
que te vean tan pequeño
los que no saben de tí
sino lo que en libros vieron.

¿Es tal vez que tú querías
que yo te quemara incienso?

Pero es preciso que sepas
que, aunque quisiera, no puedo,
porque si el lector me viese
desde el principio embustero,
no daría á mis romances

ni un solo adarme de crédito
y, sin ganar tú mas fama,
perderia yo mi pleito.
Resígnate, pues, amigo
y abandona el retraimiento.

No lo hagas por mí: en buen hora:
hazlo por tantos viajeros
que te honran con su visita.....

¿Y sigues callando?—¡Bueno!
Pondré mi mente en tortura,
haré cuanto pueda, y..... luego
si mis lectores se quejan
de que no les entretengo,
les mostraré tu desvío.

Les diré que yo no puedo
ni mentir tan á las claras,
ni hacer sin tu númen versos
y..... una vez que te retraes,
cargarás con el mochuelo.

Yo por mí estoy bien seguro
que me juzgarán benévolos:
que el público es indulgente
con aquellos que en su obsequio
hacen todo cuanto pueden,
y..... yo voy á echar el resto.

EL MILAGRO DE SAN ISIDRO.

Al Poniente, á dos kilómetros
de Madrid, la Mántua antigua,
y del turbio Manzanares
sobre la derecha orilla,
es piadosa tradicion
que Isidro, jóven, salia
con una yunta de bueyes
á labrar las areniscas
tierras de Juan de Vargas,
propietario de la villa.

Dicese que en tanto Isidro
con su piedad infinita
las bendiciones del cielo
sobre su amo atraia,
dos ángeles la pareja
de sus bueyes conducian,
y el campo, fecundizado
por la asistencia divina,
ciento por uno á su dueño
daba en preñadas espigas.

Tan felices excepciones
preocupado traian
al bueno de Juan de Vargas,

porque era cosa sabida
que las tierras que labraba
Isidro, libres se vian
de cizaña, de amapolas,
de tizon y de neguilla.

Quiere saber el buen Juan
qué secretas maravillas
operaba su criado
y hácia el sitio se encamina,
con el tentador propósito
de sorprenderle. Mas... fija
su mirada en la ladera
en que los bueyes debian
hallarse y... solo vé
densa y fulgente neblina
adelantar poco á poco,
vaporosa y movediza:
detenerse al fin del surco,
y retroceder. Se pica
con esta nueva extrañeza
la curiosidad maldita
del labrador madrileño,
y descubre en la colina
á Isidro que, en puros éxtasis
y postrado de rodillas,
preces al cielo dirige
lejos de la yunta. Olvida
Juan de Vargas su reciente
sorpresa, y ardiendo en ira,

apostrofa al buen Isidro.

Balbucea este mentiras
inocentes, por calmar
su enojo; pues no podia
sospechar que la pareja
trabajando sin él iba,
—aunque ya no pocas veces
vió con sorpresa inaudita
mas surcos y mas derechos
que los que su mano abria. —

En aquel momento Juan
siente una sed repentina;
mas tan rabiosa y tan seca
que apenas hablar podia.
—«¡Agua, Isidro, que me ahogo!
»¡Agua, por Dios!»—La botija
que en el hato el buen Isidro
llevaba, ya no tenia
una gota.—«Bajaremos
»hasta el rio y en la orilla....
—»No sé moverme de aquí....
»ni dar un paso podria.
»¡Agua por Dios! ¡Agua pronto!
»¡Se desvanece mi vista...!»

Entonces Isidro ante una
urgencia tal y tan crítica,
lleno de fervor, exclama
con inspiracion divina:
—«¿Crees en Dios, Juan de Vargas?

—»Creo en él y en la Santísima
»Trinidad...

—»Pues... ¡bebe! ¡bebe!»

Su esteva á la roca aplica,
y aunque su dureza es tal
que del hierro saltan chispas,
inunda á Juan un torrente
de agua fresca, cristalina!

.....

Templa su sed Juan de Vargas
y ante Isidro se arrodilla.

Este, casi avergonzado,
balbuceando replica:

—«No he sido yo, Juan de Vargas,
»ha sido tu fé sencilla.

—»El prodigio está patente,
»eres un Santo.

—»¡Yo!

—»¡Mira!»

Y fijando ambos los ojos
en la inmediata colina,
descubren que dos mancebos
la yunta de bueyes guían:
uno asido á la mancera,
otro esparciendo semillas.

.....

Los dos se postran de hinojos:
los dos sus rostros inclinan:
los dos hácia el Ser Supremo

su accion de gracias envian.

.....

Incorporados muy luego
cabe la yunta caminan.

De repente forma ante ellos
aquella nube blanquizea
tupido velo, y los ángeles
desparecen á su vista...
dejando impregnado el aire
de una fragancia suavisima.

.....

Circula pronto el milagro
entre las gentes sencillas
y el buen Isidro es objeto
de admiracion y de albricias:
pues la fuente es testimonio
tan claro de su valia,
que en vano rehuir pretende
los plácemes que le envian
las personas mas piadosas
de la entonces pobre villa.

Y á su muerte los vecinos
con empeño solicitan
que, en honor del buen Isidro
sendos altares se erijan,
y que el Papa le proclame
por patrono de la villa.

DESCRIPCION DEL SITIO.

Andando el tiempo y encima
de la fuente prodigiosa,
la gratitud y la fé
alzaron ermita tosca
en que á Isidro los creyentes
por justo y por Santo adoran.

No corresponde el santuario
ni á la importancia que toma
el culto que á San Isidro
tributa la España toda
con entusiasmo infantil,
con rapidez asombrosa,
ni mucho menos al gusto,
á la riqueza y estofa
de las gentes que en las aguas
su perdida salud cobran.

Sin embargo, la capilla
que la emperatriz, piadosa
mujer de Cárlos primero,
edificara á sus costas
en el año mil quinientos
veintiocho, era ya impropia
de una córte, y el Marqués

de Valero, cuya esposa,
del bendito San Isidro
era ferviente devota,
construyó una nueva ermita
mas regular y espaciosa
á los principios del siglo
pasado, que entre personas
de buen gusto y competencia
pericial, pasa por obra
exenta de pretensiones
pero seria, linda y sólida.

En el muro que da el frente
hacia Madrid, una losa
pequeña de mármol blanco
al visitante denota
ser aquel el sitio mismo
de la fuente milagrosa
cuyas virtudes proclama
aquesta décima anónima:

«¡Oh! Ahijada tan divina
»como el milagro lo enseña
»pues sacas agua de peña
»milagrosa y cristalina.
»El labio al raudal inclina
»y bebe de su dulzura;
»que San Isidro asegura
»que, si con fé la bebieses,
»y calentura trujeres,
»volverás sin calentura.»

Esa ermita casi ahogada
se vé por áridas lomas
hácia el Oeste y el Norte.
Por el Oriente coronan
la ladera mas distante
en confusion caprichosa,
torres, palacios y casas,
en tan dilatada zona
que á la par se vé el cuartel
de la Montaña famosa
dicha del Príncipe Pio
y... el Observatorio.—Dorán
los rayos del sol Poniente
la que fué córte española,
y en sus vidrieras á miles
reverberan. Deliciosas
vistas ofrece Madrid
en tal punto y á tal hora.

Pero inmediato á la ermita
las impresiones son otras.

Una pradera sin yerba
junto á casuchas ruinosas,
miserables y raquíticos
árboles que no dan sombra:
un jardin en la cañada
que la pobre ermita ahoga:
cortaduras en la arena,
alfares, charcas, baldosas:



cuevas, albergue de pobres
que nuestra incuria prégonan
y un cementerio, por último,
completan las accesorias
bellezas del sitio mismo
en que á millares las onzas
circulan con ocasion
de la fiesta archi-famosa;
del sitio mismo á que acuden
de las mas opuestas zonas
jóvenes, viejos y niños,
gentes de cháchara y broma
á echar una cana al aire
y unos cuartos que hay de sobra.

Contemplándolo con pena
y con sonrisa sardónica,
un catalan nos decia:
«¡Oh! ¡Si fuese en Barcelona...!!»

LOS PREPARATIVOS.

No de tres ó cuatro dias sino de casi un trimestre datan los preparativos de las industriosas gentes que en la romería esperan ganar algunos *parneses*.

Y es natural. De año en año la fama del *Santo* crece y los curiosos aumentan y se duplican los trenes de recreo, con lo cual, si bien es cierto que vienen muchos mas consumidores, venir competencia puede.

Tal fabricante de *pitos* vomita en su casa pestes porque tarda la florista y el vidriero no parece.

Tal confitero reniega: que el almíbar se reviene y vá á echársele á perder la compota y el merengue.

El pastelero recibe

por cajones *sus* pasteles.

El escultor picaresco
de muñecos y juguetes
desentierra los sobrantes
de los años precedentes,
ó si ejecuta algo nuevo
nada á reformar se atreve.

Ya la vieja espatarrada:
ya la pareja de bueyes;
ya el inglés cuya cabeza
de un perlático parece;
ya la jóven que se espulga
y el taimado mozalvete
que en acecho de un descuido
la respiracion contiene,
y tantos otros que brotan
de su inspiracion alegre.

En los hornos de rosquillas
¡qué actividad! ¡qué belenes!
Hay que presentarlas frescas
al cabo de algunos jueves.
Han de ser de *Villarejo*
aunque procedan de Huérmeces,
y de la tia *Javiera*,
que es la rosquillera célebre
medio mito, medio mónstruo;
que cuenta con mas parientes
que el patriarca Jacob
ó que un Director en ciernes.

Ya los bizcochos borrachos:
ya los melindres de Yepes:
ya la cerámica roja,
(vulgo cacharros), ya verde,
ya la porosa tan blanca
como el ampo de la nieve.
Ya los soldados de plomo:
ya los lazos, ya los dengües:
las campanillas del Santo
y los famosos frasquetes
y los mil y mil objetos
que relatar no se pueden.

No busqueis en nada eso,
mérito—que no lo tiene:—
Como Madrid simboliza
el *statu quo* perenne,
el arte se exhibe allí
lastimoso, decadente.
En la materia, en la forma,
en el gusto..... todo es débil.
No hay inspiracion, no hay génio,
no hay novedad, no hay... caletre.
¡Las manos y la rutina!
Pero..... ¿progreso?—Ni verle.

La incuria municipal
hasta á la industria trasciende.

Lo mismo, ni mas menos,

junto á la ermita acontece.
Desde ocho dias atrás
afluyen allí la gentes
ansiosas de elegir puesto
y.... ¡se arma allí cada trepe!...

Bajan carretas cargadas
con materiales endebles:
esteras, lonas, andrajos
(que fueron tapices célebres),
hules, bastidores, biombos,
vigas, tablas y cordeles.

¡Qué actividad! ¡Qué trabajo!
¡Qué de ilusiones tan verdes!...

La sierra, el martillo, el hacha
con ruido sordo, estridente,
anuncian que ya se acerca
la romería archi-célebre,
y el contorno de la ermita
en aduar se convierte
y en la pradera, barracas,
futuras tabernas, vénse.

—
¡Se improvisa una ciudad!
¡La misma ciudad de siempre!

EL TREN DE RECREO.

La escena pasa en Zamora
ó en Cartagena ó en Málaga,
en Castellon ó en Bilbao,
en Valladolid ó en Játiva,
en Badajoz ó en Gerona
en Santánder ó en Alcázar.

¿Qué importa fijar el punto
si es la misma en toda España?

Las estaciones del ferro-
carril se ven atestadas
de gentes que van y vienen
con movilidad extraña.

Son los *turistas* del tren
de recreo, que se largan.

Son sus parientes y amigos,
con los trebejos de marcha,
que abruman á los viajeros
con cien encargos... sin plata.

Son los cientos de curiosos
que, con mal disimulada
envidia, van á tomar
de los bienaventurados.

No es difícil sorprender

la patética mirada
de una rubia y linda jóven
que queda allí como entre áscuas,
porque vé en su prometido
descubierta la falacia
al mostrar pena muy viva
por ausencia... voluntaria.

Vése tal vez á la esposa
que queda sin una blanca,
cuando el marido con todo
su pobre peculio arrambla.

Pero... ¿Qué importa? ¿Qué importan
esas excepciones raras
ante la alegría unánime
que á los viajeros embarga?
Solo forman el contraste
necesario en las humanas
peripecias. Unos rien
por lo mismo que otros rabian.

Pero, dejemos á un lado
filosofías y pláticas
que pegan aquí lo mismo
que en un entierro las máscaras.

Las gentes que ya en el coche
se encuentran arrellanadas,
se impacientan porque el Jefe
de dar la señal no acaba.
— ¡Señor Jefe! ¡Señor... cuerno!

¿Qué esperamos?

— ¡Calma! ¡Calma, señores! que es necesario aumentar cochés...

— ¡Caramba! —
— Pues ya se pudo prever...

— Todos los años nos pasa lo mismo...

— ¡Qué quiere V!

A última hora carga tal concurrencia que ya...

¡hasta los billetes faltan!

¡Treinta cochés en un tren!

¡Buena multa nos aguarda!!

.....

Óyese al fin el silbido

estridente de la máquina,

que de tan distinto modo

resuena en aquellas almas,

y el tren comienza á moverse

con majestuosa pausa...

Un ¡A Dios! universal

se escapa de mil gargantas.

Cien brazos y cien pañuelos

se agitan en las ventanas,

y mientras en los que van

brota un mundo de esperanzas,

entre los que quedan véanse

tal cual ¡ay! furtiva lágrima,

y el silencio y la tristeza
al ruido infernal reemplazan.

.

Pronto dentro de los coches
se promueve la algazara.

Cada cual á sus amigos
á grandes voces relata
el cuándo, el por qué y el cómo
de aquella calaverada.

Principian los chicleos
que alegran á las muchachas:
principian á descollar
los que van á ser el alma
de la expedicion: que saben
de qué pié cojea cada
uno de sus compañeros,
para provocar la cháchara
de los demás: que á Madrid
han hecho excursiones varias
y que conocen la corte
como conocen su casa.

No tarda mucho en salir
la indispensable guitarra,
y veinte ó cincuenta voces
en diferentes escalas
entonan unos cantares
que poco á poco levantan
cada carmin en los rostros
de las doncellas.

que pueden arder cerillas
con solo tocar sus caras.

Esa es la sal de la fiesta.
Las mamás hacen que rabian
mientras que las pobres chicas
con el pañuelo se tapan
para que no se revele,
por mas que se vea clara,
la sonrisa picaresca,
la inocencia problemática.
En un wagon de tercera
¡se aprende mas que en cien aulas!

.
Aun antes que las meriendas
salen las botas y pasan
de mano en mano en redondo
hasta quedar casi exhaustas.
Pero otra bota releva
á la ya exprimida y... ¡nada!
¡Fuera melindres! Es fuerza
que todos la rindan párias;
y, lo mismo el que se duerme
con la corambre empinada,
como el que apenas la toca
con sus labios, todos catan
el contenido sabroso
de la cosecha... de casaca
Las cabezas se calientan
y... ¡jandando! y ¡viva la zambra!

... ..

En todas las estaciones del tránsito se preparan nuevas peripecias. Nubes de viajeros se avalanzan hacia el tren, en movimiento todavía, y no reparan si hay ó no vacante en él; en cualquier parte se zampan. Luego ya será otra cosa pero por de pronto... Raras veces suele ser bastante la prudencia mas probada

para resistir el ímpetu del invásor que reclama sus derechos indudables con gritos y aun amenazas. —«Pues no faltaba ya mas,» que yo me quedase.» — «¡Cáscaras!» — «¡Capaz seria yo de irme á horcajadas en la máquina!»

Pero al cabo se encajonan como sardina en banasta, y con no poco trabajo se restablece la calma, y abarrotado así el tren, de nuevo emprende la marcha para repetir la escena en la próxima parada.

.....
Tras de un viaje inolvidable,
indescriptible, entusiasta,
viaje que parece un sueño,
sobre todo á las muchachas,
se llega por fin al término
de la expedicion ansiada.

Se dá fondo en la estacion:
vomita el tren oleadas
de gente de todas clases,
que al punto se desparraman
por todo Madrid en grupos;
y á las diez de la mañana
del dia del Santo, doce
mil cataduras extrañas
de los trenes de recreo
patentizan la llegada.

LA ROMERIA A VISTA DE PAJARO.

I.

Despues de dar unas vueltas entre apretones, codazos, y ruidos tan desacordes como nosotros lo estamos en las cuestiones políticas, trepemos hácia aquel alto que está á espaldas de la ermita y abarcaremos estáticos todo aquel conjunto informe, moviente y abigarrado.

Todos los cinco sentidos en su desarrollo máximo funcionan y se fatigan: sufren ó gozan. ¡Veámoslo!

Demos la espalda al Oeste y la situacion del cuadro será la siguiente, como suele ser todos los años.

A nuestros piés la plazuela, con la capilla del Santo y la *prevencion*: diversas

fondas, cafés y despachos
de la celebrada leche
de las Navas, continuando
los figones y tabernas
que forman doble rosario
hasta la eminencia misma.

A nuestra derecha mano
un excelente camino,
hace poco terminado,
presenta una doble fila
de coches estacionarios
de alquiler ó propiedad,
y en el centro circulando
otros muchos de ambas clases,
con dos guardias á caballo
que cuidan de que el gentío
no se exponga á mil quebrantos,
y de que de buen gobierno
se cumplan allí los bandos

por los grandes y los chicos,
por los bajos y los altos.
¡Igualdad ante la ley!
¡Somos ó no democráticos!

A la izquierda, el cementerio
de San Isidro llamado,
con tal ó cual mausoleo
no en verdad de gusto escasos.

Al frente, en segundo término,
hácia el ponton caminando,

vemos un jardín que estorba
al desahogo necesario,
aunque en épocas normales
alegra y esparce el ánimo.
Paralela á él veremos
la calzada y á sus lados,
y, como quien dice, ocultos
entre los árboles, cuatro
filas de puestos mezquinos
de frutas, dulces, cacharros,
juguetes y baratijas
y campanillas del Santo.

En el fondo á nuestra izquierda,
el camino casi llano
que á la puente segoviana
nos conduce. Al otro lado
la celebrada pradera
de San Isidro del Campo.
Y al frente el pontón. ¡Dios mío!
¡Qué pontón! ¡Qué mengua! ¡Qué asco!
Produce miles de duros
su socalina «dos cuartos»,
y junto á pilas de fábrica
se recuesta y *¡es de... palo!*
y... se retiembla al pasar,
¡y... se *hunde*, si viene á maño!
¡Oh municipio feliz!!
¡Oh, *Villa* de mis pecados!!

Desde la izquierda del río comienza un anfiteatro que coronan las siluetas, sobre un fondo azul diáfano, de las iglesias y torres, de las casas y palacios que, juntos, forman la ex-córté de esta tierra de garbanzos.

La planicie y la ladera son un mar hirviente humano.

Veinte mil personas juntas de todas clases y estados, van de *gala relativa* desde la seda al harapo.

Veinte mil rostros alegres; encendidos, sofocados.

Veinte mil trajes distintos con colorines extraños pero en movimiento todos y en desórden serpenteando.

Los puntos fijos, inmóviles, las cubiertas ó tejados de la capilla, barracas, salones y *tabernáculos*: los árboles que, aunque pocos, lucen sus galas de Mayo: los objetos que se mueven en el aire acompasados:



el ferro-carril de cuna,
los columpios con soldados
y criadas, el Tio-Vivo,
—elemento necesario—
con su cubierta que gira,
listada de azul y blanco:
los pilletes con destreza
por el terraplen rodando,
los bailes y los carruajes,
todo esto á vista de pájaro,
pero tan cerca, produce
en el curioso un extraño
fascinamiento ó mareo
que embebece, arroba el ánimo.

II.

Si por distraer la vista
algo mas lejos miramos,
el panorama es magnífico.

Del desórden alejado,
en tal cual pequeño grupo,
ya comiendo, ya bailando,
los goces de la familia
y de la franqueza hallamos.

Ya un matrimonio fecundo
extiende un mantel que al ampo
dá envidia por su blancura,
y, en derredor de él sentados,

los chicuelos se impacientan
y golosean avaros
tal cual raspa de tortilla,
tal cual pellizco de asado,
que á buena cuenta la madre
les dá así... de contrabando
para entretener el tiempo,
para que esperen, en tanto
que llega un tío, una prima
ó un pretendiente reacios.

El que espera desespera;
y el apetito excitado
ha menester con premura
de Monte-Aragon (1) un trago,
de Valdepeñas, de Málaga,
de Medina ó del Priorato.

Asoma por fin el tránsito,
y los chicos desalados,
se avalanzan á cogerle
y le llevan arrastrando
á formar parte del grupo
y á dar en él sus descargos:
que la niña es... agri-dulce
y mimosa en sumo grado,
y gusta y regusta mucho
del placer del desagravio.

(1) Excelente vino de pasto que elabora en
Huesca D. F. Bescos y que no es en Madrid tanco-
nocido como merece.

Mas allá en un vasto círculo, los
sin saber cómo formado, sesenta y
dos guitarras y una flauta tal cual
de alquiler, por ocho cuartos
dan pretexto, y no compás,
para un baile improvisado,
en que solo cuatro amigos
toman parte por un rato.
La propina se repite:
el cerco se va ensanchando,
y cincuenta ó mas parejas
son ya las que fueron cuatro.
.....

Pero es fuerza ya salir
de este recinto encantado,
si han de disfrutar los ojos
el efecto panorámico.

Los caminos que confluyen
á los puentes celebrados
de Toledo y de Segovia,
desde la villa bajando,
son inmensos hormigueros
de infantes y de caballos,
y de coches de cien clases
que atropellan sin reparo
cuanto se pone delante
del afán de ganar cuartos,
haciendo cuarenta viajes.

desde Madrid hasta *el Santo*,
aunque el coche se haga trizas
y se reviente el ganado.
«Ya descansará despues!
»Hoy toca racion de látigo.»
Eso contesta el auriga
si le reprende un filántropo.

III.

Si del placer de la vista
al del *oído* pasamos,
será bueno recordar
que nos hemos colocado
en la altura que domina
el conjunto de aquel cuadro,
(altura que es un vivac
de lindas tiendas sembrado,
do acampa la fuerza pública
de rigor en tales casos.)

Los ruidos que á quema-ropa
son intolerables y ásperos,
no carecen de armonía
si se los oye del alto,
y producen en la mente
un efecto extraordinario.

De aquel pandemonium sube
un murmullo continuado,

confusa mezcla de voces
y de sonidos extraños.

Ya las orquestas de baile
que el bronce fatigan tanto,
que no se conciben pechos
capaces de aquel trabajo.

Ya tambores y gaitas:
ya guitarras; ya silbatos,
con sus agudos chillidos
que atruenan aquel espacio.

Las voces de los aurigas
en competencia gritando:

«Hasta la Puerta del Sol:
»¡á dos reales! ¡Vamos! ¡Vamos!»

Sobre todo las campanas,
¡Virgen Santa del Amparo!
Ellas son chicas y pocas;
pero... ¡no cesan en cambio!
¿Qué ha de suceder si están
entregadas á muchachos,
que á porfía se disputan
esa gloria á puñetazos?

¿Quién resiste aquel sonido
tan agudo, tan ingrato,
entre el polvo y el mareo
entre el calor y el cansancio?

¡Herodes y Mendizabal!
¡cuántas veces os nombramos!

.

El trepidar de los coches,
los rui señores de barro,
los chillidos de los niños;
las reyertas; los reclamos
provocativos de cientos
de vendedores que, impávidos,
encomian su mercancía
sobre todo lo creado;
los gritos...—¡Quíá! Los relinchos,
de incontenible entusiasmo
que el *vito* y que la *muñeira*,
y la *jota* y el *fandango*
arrancan de los *felices*
que se creen trasportados
al *país* de sus ensueños,
á sus lares, á sus campos!!

... ..
El conjunto que esto forma,
tan singular y tan raro,
es mejor para sentido
que no para ser pintado,
y por eso cada quisque,
por sí mismo ha de juzgarlo;
que el poeta está rendido
con su nulidad luchando
y se declara incapaz
de completar ese cuadro.

IV.

Mas los sentidos son cinco,
todos ellos afectados,
y solamente de dos
nos habemos hecho cargo.
«De *gustos* no hay nada escrito.»
Es preciso decir algo.

Desde la castaña verde
y del toston ó garbanzo:
del escabeche de rueda
y caracoles y callos,
hasta el faisán extranjero,
y hasta los pavos trufados,
el bizcocho, el mazapan,
el almibar y el amargo,
puede salir el gastrónomo
hasta los golletes harto.

Y el que bebidas prefiera,
ya puede tirar de largo.

Hay leches irreprochables
en mostradores de mármol:
hay vinos de todas castas;
—la mayor parte cristianos:—
hay licorès á porrillo:
hay tées y cafés á cántaros.
Hay sobre todo una rica

fresquisima *agua del Santo*,
que, sola ó en intermedios,
puedes beber sin cuidado:
porque no hay un sólo ejemplo
de que produzca borrachos.

— V. —

Pero... soy un distraído.
Me olvidaba del *olfato*:
Este sentido precioso
sale de allí fatigado,
Goza y sufre como todos.
Los aromas son muy varios;
ya perfumes de la Arabia:
ya tufillos culinarios:
ya emanaciones horribles
que es mejor pasar por alto.

Predominan los primeros
en razon á que los cautos,
los elegantes dandys
y el previsor provinciano,
se saturan de pomadas
y empapan tambien sus blancos
pañuelos, en vinagrillos,
en esencias ó en extractos.

—

Tampoco falta ocasion
para ejercitar el *tacto*;

«á rio revuelto—dicen—
»se adquiere muy buen pescado;»
pero el atrevido suele
recibir tal cual guantazo,
y ser además rechifla
de los que están inmediatos,
si por suerte no le llevan
á la prevencion, que hay casos.

Y por lo que se refiere... Pero...
al contacto involuntario,
¿quién se atreve á calcular,
aunque sea matemático,
tanto estrujon y retruque,
tanta pisada en los callos,
tanta detencion forzosa
y tan tremendos codazos?
¡Todo se sufre en paciencia!
Todo... ¡por amor al Santo!

LAS CLASES SOCIALES.

I.

Popular en grado heroico la fiesta de San Isidro, vemos en ella mezclados todas las clases y tipos.

Ya la señorona grave todo pliegues y artificio, que se mueve como á impulsos de secretos mecanismos, sin dignarse ni aun mirar si la pisan el vestido.

Ya el pollo imberbe y ligero, superficial, quebradizo, pura armazon de su sastre, pura ilusion del sentido.

Ya la rica labradora de la Mancha ó del Campillo que el ferro-carril arranca por un esfuerzo inaudito de entre su cebon, sus pollos, su huertecita, y sus hijos.

Ya el madrileño de raza

que perderia tranquilo
la mitad de su peculio
por no faltar en su sitio
de inveterada costumbre,
con merienda y cuatro amigos
á echar una cana afuera
del Santo en el dia mismo.

Ya el empleado, que en visperas
de ser pasado á cuchillo,
por un quidam que se encuentra,
sin saber cómo, Ministro,
por si le dejan cesante
no quiere perder ya ripio.

Ya el artesano modesto
que despues de echar el quilo
en la imprenta, en el taller
ó en su propio domicilio,
necesita ver el campo,
ha menester un respiro
y aprovecha el dia entero
con avidez, con ahinco.

Ya el curioso provinciano
que, por la fama atraido
de la romeria célebre,
al ver que este año los trigos
se presentan tan lozanos,
prepotentes y magnificos,
y que el viaje es breve y comodo,
muy barato y divertido,

viene á hacer una visita
á su patron San Isidro,
que, ya que no nos liberte
de esa plaga de políticos,
—que él no llegó á conocer
y nos trastornan el juicio,—
por lo menos nos dá pan,
nos dá aceite y nos dá vino.

Ya el haragan que viviendo
de sus rentas... ó sus vicios,
marcha á donde vá la gente
que ver suele en otros sitios
á decir cuatro piropos;
á referir chascarrillos;
á gastar algunos reales...
que él no ha ganado de fijo;
á murmurar sin rebozo,
á infamar á los Ministros
que son la piedra de toque
de los grandes y los chicos
y á entretener unas horas
que le producen hastío.

Ya por fin el perillan
que entre los grupos metido,
sospecha que aquel es campo
para sus mañas propicio:
dá con un sócio, le abraza
y dice: «Esto es Jauja, chico!»

II.

Pero entre estas varias clases
hay gustos tambien distintos
y costumbres sistematicas
que bosquejar es preciso.

Sentemos que nadie vá
por devocion. Es sabido.
La devocion verdadera
no es aficionada á ruidos.

Aquello es mundano puro,
aunque de origen divino.

Unos van, pues, por *recreo*;
otros van solo por *vicio*;
muchos mas por la *costumbre*
y por *negocio* muchisimos.

Tal cual el objeto fuere
su proceder es distinto.

Por ejemplo, el *gentlement*,
es decir, el *vago* rico,

—ya el caudal tenga en billetes,
ya tambien en pergaminos,—
va á gozar del espectáculo;
va á comer con cuatro amigos;
va á exhibirse; á que se sepa
que tiene pesos y brios,

y á dar una nueva forma
á sus diarios caprichos.

Lo mismo que en Madrid hace:
lo mismito: lo mismito:
pero á pié. Ya galantea;
ya de las damas martirio
presume ser, y se engrie:
ya elige fonda y... ¡magnifico!
¡Vengan *bifteks* y *troufè*!
¡Venga jamon! ¡Venga vino!
y sobre todo Champagne
y encima del Champagne... ¡gritos!
Y se pasa así una noche,
entre crápula y... bullicio,
como se ha pasado un dia,
dos ó tres, ó cuatro ó cinco!
(Esta fraterna no reza
sino con los aturdidos,
entre los cuales no pocos
padres de familia vimos.)

En cuanto á la clase media,
—es decir,—los individuos
que trabajan con la mente
mas que con los brazos, digo,
que frecuentan la pradera
como van á todo sitio
en que se esparcen los ánimos;
se goza y ve sin perjuicio,

y se aprenden las costumbres
del pueblo entre el pueblo mismo.

Llenas sus obligaciones,
se bajan allí un ratito.
El día del *Santo* almuerzan
en la fonda si hay *cum quibus*:
ó sobre la verde alfombra
con indecible apetito:
compran garbanzos tostados
para la casa, si hay hijos,
ó bien para los de alguno
de la familia ó amigos:
llevan rosquillas y pasas
y sobre todo unos *pitos*
cuyo tamaño es barómetro
infalible del cariño.

Entre matrimonios buenos,
felices, bien avenidos,
lo comun es bajar juntos
con un enjambre de chicos,
(prévia imposición del *veto*,
si hay alguno antojadizo):
el primer día con *algo*
que entretenga el apetito;
los demás á palo seco
¡que están los tiempos... malísimos!

Vamos á la democracia,
al ciudadano pacífico

que, en paz y en gracia de Dios,
rinde tributo al capricho.
Del amo ó del maestro obtiene
el necesario permiso
y se pasa el primer día
en la pradera enterito.

Si en los demás es posible,
suele bajar asimismo:
pero un rato madrugando,
ó á la tarde, anochecido.
Hace el consumo ambulante
en las barracas y sitios
en que los precios están
en razon de su bolsillo.
Baila mucho si es polluelo,
y... arregla tal vez su nido.
Si es persona ya formal
lo ve todo: hace ejercicio:
si le incitan á hacer gastos,
esquiva los compromisos,
y vuelve á su casa alegre
y duerme como un bendito.

Falta *la gente del bronce*;
pero me dice un amigo
que merece cuadro aparte,
y me le ofrece solícito.
Yo acepto su ofrecimiento
con el mayor regocijo,

y, sabiendo que el lector
gana en el trato muchísimo,
cierro aquí ya mi romance
repitiendo no he querido
lastimar en él á nadie,
sino vapulear el vicio
y alentar al hombre honrado
á que siga en tal camino.

LA GENTE DEL BRONCE.

Del barrio de Maravillas,
Arganzuela y Hospital,
las Vistillas y la Inclusa,
la Latina y los demás
que D. Ramon de la Cruz
describió, con tanta sal
que pretender imitarle
seria una empresa audaz,
salen grupos numerosos
de carácter especial.

Ellos de chaqueta corta:
ellas de limpio percal,
con pañuelos de Manila,
de China ó del Indostan,
ceñidos con gracia al talle
por delante y por detrás:
aire de taco: risueñas
y desdeñosas al par...

Esa es la gente que goza
en la romería mas:
esa es *la gente del bronce*
célebre por tierra y mar.

Emprenden la caminata
de la guitarra al compás,
que recorre con su pua

algun músico galan;
y la puente segoviana
tomando por la mitad,
en filas de quince ó veinte
marchan con aire marcial,
llevando enmedio y delante,
entre dos ó cuatro ó mas,
como llevan los rancheros
la vianda militar,
ensartada en un garrote
para mas comodidad,
la cesta de la merienda.

Aquella turba jovial
hace paradas frecuentes
para poder apreciar
lo que contiene una bota
de grandor fenomenal,
que se llenó de *matute*
para mayor equidad.

Vénse al fin en la pradera:
vuelve el zaque á voltear:
y da principio el banquete
con hambre y cordialidad:
y vuelven las libaciones:
y crece la broma mas:
y se repite la ronda:
baile viene y... trago va:
hasta que el sol á su ocaso
se aproxima á mas andar.

Pero se alegran los cascós,
y principian á volar
vasos, platos y botellas
por un quitate tú allá,
hasta que al fin las mujeres
logran ponerlos en paz.

Restablecida la calma,
rompe el baile el buen Colás,
y le sigue Joselillo,
Mercedes, Rufina y Juan,
y el *Chumbao*, el *Tuerto*, el *Nene*,
y otros hasta un centenar;
pero como no dejaron
á la bota en quieta paz,
hete aquí que Joselillo
da un tropezon, y... ¡allá va!!
sobre la casta Mercedes
viene á caer el truhan:
unos dicen, por malicia,
y otros, por casualidad.
El caso es que por la alfombra
ruedan chaqueta y percal:
mas, como este se ha quedado
de la pierna á la mitad,
y como por otra parte
el piso era desigual,
luce la hermosa Mercedes
unas... ligas, que ¡ya! ¡ya!
que ávido contempla el público

sin poderlo remediar:
que en esto de *buenas formas*
es Madrid pueblo especial.

Mas quiere el diablo que un mozo
ceji-junto y montaraz,
escamado de la niña,
de quien es tercer galan,
no se explica bien aquella
caida extra-natural
y entrevé una cuarta ó quinta
ó sexta infidelidad.

Y atufado y corajudo,
y haciéndose un paso atrás,
sacude á Pepe un trancazo
tremendo, descomunal,
que le parte la cabeza
casi casi por mitad.

Las mujeres se amontonan
y gritan á mas gritar:
los hombres cercan á Pepe:
la ninfa temblando está:
la guardia civil acude
y luego la autoridad:
y se arma un corro mayúsculo,
y un barullo sin igual.

Un curioso.—«¿Quién es ella?»

Uno del corro.—«¡No es naa!

»¡El agresor... á *chirona*
»el herio... al hespital!»

(¡Al agresor, sin embargo,
échele usted un galgo ya!)

Todos el lance comentan
con ó sin parcialidad:
muchos disculpan al reo;
pero añade cada cual
lo que mejor le parece,
ó lo que debió pasar,
y á los cuatro ó seis minutos
nadie sabe la verdad.

La bola de nieve. Un palo,
grande ó pequeño, ni mas
ni menos: pero hay quien vió
de sangre roja... ¡la mar!!!

Se forma causa: esto es claro:
es de rigor: es... legal:
y allá á los catorce dias
va el herido á declarar
quién fué del tremendo lance
el causante principal.

Entre sencillo y taimado
dice el pobre: —«¡La verdad!
»sobre-vino una pendencia...»
—«¡Entonces no digas mas!
»¡Lárgate con viento fresco:
»paga las costas y en paz!»

.....
¡Y afloja dos mil reales,
da las gracias y... se va!

SE ACABÓ.

Ya te supongo cansado,
lector amable, y es justo,
y tú mismo pedirás
que demos aquí ya punto.
Algo queda en el tintero,
mas, sin embargo, presumo
que he llenado ya el programa
tan bien ó mejor que muchos,
que alucinan con promesas
al incorregible público,
y que, despues de explotarle,
le dan un *mico* ¡mayúsculo!
(No es esto alusion política.
¡Por San... nadie! te lo juro.)

Te ofrecí cuatro bocetos.
Tú, que eres hombre de gusto
podrás hacer de ellos cuadros
con pincel muy mas seguro
ó rellenarás los huecos
enmendando mis descuidos.
Pero, ¡basta ya de exordio
y basta tambien de escrúpulos!

Nada menos que ocho dias,
sean claros, sean turbios,
dura la fiesta del *Santo*,
duran la gresca y el ruido;
y te admirará saber
que hay quien no pierde ni uno.
O por tarde ó por mañana
es infalible, seguro,
—si es que no repite el viaje:
que suelen hacerlo muchos.—
¡Perseverancia admirable!
¡Entusiasmo sin segundo!

Pero si en hora menguada,
(en el concepto de algunos)
se descuelga un chaparron
—de lo cual siempre hay preludios,—
como no hay allí defensa
contra ese peligro diurno,
la romería se aguó,
y aquello es el fin del mundo.
¡Qué presteza en desarmar
las barracas, los tenduchos!
¡Qué cargar allí trebejos!
¡Qué desórden! ¡Qué tumulto!
¡Qué maldecir de las nubes!
¡Qué impacencias! ¡Qué conjuros!
Los que hacian su negocio:
«¡Por vida de San. Esdrújulo!



»Me iba poniendo las botas
»y el... diablo se me interpuso!»

Los que pensaban acaso
indemnizarse en los últimos
dias: «Soy mas desgraciado...
»¡Yo no he visto así á ninguno!»

En San Isidro se puede
decir: «Nunca llueve á gusto
»de todos.» Pero es lo cierto
que aquella agua gusta á muchos,
porque es buen auspicio para
la maduración de frutos.

De todos modos se acerca
el término del barullo.

Las tiendas desaparecen:
desaparecen los bultos,
y el tren descendente arroja
sendas bocanadas de humo,
llevándose á los viajeros
que dejan muy buenos duros.

.....
Y la calma á Madrid torna,
y mi tarea concluyo
citándote para otro año
con mas dinero y... mas gusto.

12.000

